



¿Quién es éste que, según el profeta Isaías, tal como se proclama en este domingo, entregó su vida en expiación?. La liturgia de este domingo nos invita a una reflexión sobre el significado de la muerte de Cristo y nuestra participación en la misma.

El profeta Isaías, en la lectura primera, habla en un momento en que Israel está en el exilio. Las malas maneras de proceder lo han hecho sucumbir, y ahora es deportado a tierra extranjera. Sin embargo, el pueblo escogido comprende, por boca de los profetas, que su destino no depende sólo de razones sociopolíticas, sino que es consecuencia de su infidelidad a Dios.

Pero el Espíritu Santo es capaz de hacer que los textos hablen incluso más allá de la comprensión de sus propios autores, de ahí que, a través de la revelación del Nuevo Testamento, descubrimos que el siervo sufriente fue Jesús y que por medio de un acto de amor, se hace remedio de nuestros males. (Himno **Creator alme siderum**)

El hombre torturado y desfigurado, que está en el centro del texto que se proclama, no habla; se da a conocer por medio de una presencia dolorosa, que se expresa a través de su entrega total y dócil, semejante a la del cordero pascual sacrificado: *"Fue maltratado, se dejó humillar y no abrió la boca: era como un cordero llevado al matadero, como una ove-*

ja muda ante sus trasquiladores, y no abrió su boca" (Is 53,7).

Con este gesto se rompe la clave de interpretación que encontramos en el Antiguo Testamento sobre el sufrimiento: si sufres es porque has pecado. Es la llamada *"teoría de la retribución"*, según la cual cada falta tenía que ser necesariamente seguida por un castigo. El libro de Job es toda una enseñanza.

ISAÍAS 53 VARÓN DE DOLORES

En el varón de dolores de la lectura primera, en cambio, se produce un cambio: la culpa es del pueblo, pero la justicia recae sobre él. Su dolor se vuelve salvable para los demás, genera la salvación, sus heridas nos curan *"sus heridas nos han curado"* (Is 53,5).

Jesús redime la condición humana viviendo y muriendo de una manera nueva: en una total auto-donación por amor. La muerte del Señor recibe su sentido del modo como vivió su vida y, su vida, se ve confirmada y rubricada por el modo como murió. Pero **esa vida y esa muerte son salvadoras sólo en virtud de la resurrección.**

Cuando decimos que Jesús murió *"por nuestros pecados"*, se quiere decir que murió porque éramos pecadores. Si hubiésemos sido justos, nunca le hubiésemos matado y Jesús no hubiera padecido esa muerte. No es el Padre quien quiere la muerte de su Hijo en la cruz, sino la humanidad pecadora.

Dios Padre quiso con voluntad de beneplácito la encarnación de su Hijo, se complació en el amor tan

grande que Jesús le mostraba al asumir con todas las consecuencias una vida mortal, pero no es el responsable de que esa muerte tuviese esas circunstancias tan trágicas y dolorosas.

Es la humanidad pecadora quien quiere su muerte en la cruz. Jesús muere porque fue fiel a la línea de conducta que le había sido marcada, mostrándonos el verdadero rostro del Padre. En este sentido podemos decir que murió por el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Nosotros, también, estamos llamados a cumplir la profecía de Isaías que dice: *"Mi siervo justo justificará a muchos"* (Is 53, 11). Este es obviamente Jesús, pero le pertenecemos, somos sus miembros, vivimos la justicia y el servicio con él y como él, y por eso también nosotros estamos llamados, gracias al bautismo recibido, a participar en la justificación de **"muchos"**.

Seremos grandes cuando nuestra vida se convierta en un regalo, cuando sirvamos al verdadero bien de los que sufren y de los que buscan la vida eterna. Es la experiencia del apóstol san Pablo, (Col 1, 24)

Imitar al Hijo de Dios es todo un reto: evitó los puestos de liderazgo y se ofreció para liberar a todos del castigo de su pecado. Bebamos la copa de su sufrimiento y seremos bautizados en su sangre.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 32, 4.5. 18.19. 20 y 22

L 4 la palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
5 él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra.
18 Los ojos del Señor están puestos
en quien lo teme,
en los que esperan su misericordia,
19 para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre.
20 Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo.
22 Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

El salmo 32 es un himno de alabanza y gratitud a Dios que gobierna el mundo con poder, sabiduría, justicia y amor. Comienza con una exhortación al gozo. De hecho, la tentación de la tristeza es sutil, lleva al alma a cansarse de perseverar en el bien y, al final, a recurrir al mal como fuente segura de consuelo.

La tristeza no va acompañada de alabanza, sino de lamentación, por lo que debemos permanecer en la alegría para alabar al Señor porque esta es la experiencia de la pascua cfr. Jn 20,20.

El salmista nos exhorta a alejarnos de la tristeza acompañando la alabanza con la lira, con el arpa de diez cuerdas. Dichoso el canto que nace de un corazón enamorado, de un corazón puro. No canto con una voz hermosa, pero canto con un corazón hermoso. “Canta un cántico nuevo”, exhorta el salmista; lo que significa que el canto siempre se renueva en el amor, y en él nunca envejece. Se pueden usar las mismas palabras, pero la canción siempre tendrá el sello de la novedad. Parafraseando a san Bernardo bien se puede decir: “canto porque amo, amo para cantar”. No hay, pues, acto de amor que no pueda llamarse nuevo si se hace con todo el corazón.

El salmista proclama a toda la tierra la “pasión” que tiene por Dios y hace un invitación a todos: temer ofenderlo porque es infinitamente amable. Los habitantes del mundo se sobrecogen ante él, porque es fuente de misericordia, pero también es juez justo porque no es indiferente a las situaciones creadas por los hombres. Él es el Todopoderoso porque: “Él habló y todo fue creado, él mandó y todo se cumplió”.

Los pueblos, las naciones, que quieran construirse sin él, el fracaso será el horizonte de su vivir. Sus proyectos son vanos, no tendrán éxito. Al contrario, el plan salvador del Señor permanece para siempre. Nadie puede hacerlo fracasar.

Procede de su amor entrañable, como cada mañana se celebra en el oficio de las Laudes matutinas.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XXIX “PER ANNUM” “B”



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Isaías 53, 10-11

El Señor quiso tritularlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos.

Marcos 10, 35-45

En aquel tiempo, se le acercaron los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: «Maestro, queremos que nos hagas lo que te vamos a pedir». Les preguntó: «¿Qué queréis que haga por vosotros?».

Contestaron: «Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda». Jesús replicó: «No sabéis lo que pedís, ¿podéis beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?».

Contestaron: «Podemos».

Jesús les dijo: «El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y seréis bautizados con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado»...